

Presentación

Álvaro B. Márquez-Fernández

En un estimulante intercambio de pensamientos y razones, proyectos académicos y de vida, sentimientos e ideales, compartidos en dos encuentros personales con Javier Roiz, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid (España), tiene su origen el número especial que para esta ocasión ha sido preparado con particular esmero por el Prof. Björn Hammar de la Universidad de Gävle (Suecia).

La aproximación filosófica al pensamiento político de Javier Roiz data de hace algunos años atrás, cuando es invitado por el prestigioso sociólogo Rigoberto Lanz, fundador del CIPOST, a disfrutar de una breve estancia institucional en esa dependencia como Profesor visitante. Allí presenta por primera vez a un auditorium latinoamericano, sus atractivas y originales tesis de retórica política.

Esa experiencia le permite escribir un magnífico ensayo de sociopolítica cuyo título no puede pasar desapercibido para un lector insomne: “La democracia vigilante” (CIPOST, Caracas, 1998). Roiz suma, en ese año, con este nuevo título, a su vasta producción filosófica, un referente epistémico que nos descubre una preocupación mutua para comprender que el “quehacer democrático” exige un exhaustivo análisis no solamente de las tradicionales formas griegas, modernas y contemporáneas de la política, sino también de las judías, sin abandonar o renunciar a las exigencias hermenéuticas de la crítica filosófica.

De aquella fecha inaugural de mis intereses filosóficos en su Teoría Política hasta hoy, han transcurrido diez fructíferos años en la biografía filosófica de este eximio pensador español que no porta el corsé ideológico, ni confiesa la vulgata de partido político alguno.

Estos años de tanta productividad se transforman en un aliento para los discípulos y colegas que forman parte de sus proyectos de investigación y de la edición de la prestigiosa revista “Foro Interno”. Dos estimables espacios de interrelación que brindan la oportunidad de realizar un trabajo al abrigo de la fraternidad, la solidaridad y la honestidad intelectual en compañía de un pensador que elude insistentemente por medio de la sospecha, la banalidad y los oropeles del poder.

Son muchas las marcas de ruta que ha trazado en un “filosofar” siempre en tránsito por prestigiosas universidades del mundo, pero basten estas tres para no perder nuestra mirada a su horizonte existencial: “El gen democrático” (1996), “La recuperación del buen juicio. Teoría política del S. XX” (2003), y su más reciente obra, “Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado”.

*En su honor, y en total complicidad filial, sus más cercanos colaboradores han participado en la gestación y concreción de este número especial dedicado al tema de **Retórica y Política**, donde se pone de relieve la presencia del Maestro y la aguda reflexión que su comunidad de investigación ha venido realizando sistemáticamente en esos últimos años.*

Se recoge una siembra que se siega poco a poco con la lentitud de ese “aprender de uno en uno” que profesa Roiz, y nos reconfirma indiscutiblemente su percepción de que todo en la vida no es más que un tiempo para la espera.

*La actualidad del análisis de la retórica para la participación en la vida pública, demuestra la importancia de la palabra hablada en la formación de una razón que encuentra en el discurso la estructura lógica y dialéctica de la comunicación. Es la idea que destaca **Laura Adrián Lara** en su investigación sobre **Petrus Ramus y el ocaso de la retórica cívica**, al deslindar la retórica de este filósofo francés del mero ejercicio de la oralidad y de esa especie de ornato que sirve para revestir de cierta complacencia la severidad de los razonamientos. Lo que Ramus plantea es que de alguna manera la dialéctica precede a la retórica. Es una forma de razón crítica que permite examinar los diferentes contenidos de las cosas, un verdadero método “deconstructivo”....*

*Se interesa **Björn Hammar**, en su artículo **Metonimias del Estado soberano**, en considerar que para la política el tropos más importante no es la metáfora, sino la metonimia. De igual manera, señala que en la vida política el comportamiento de la ciudadanía se desarrolla en virtud de una elaboración retórica de la esfera de la política que le es propia y no accidental o abstracta. La retórica como una práctica del uso de la palabra simbólica y representativa, permite develar los topos donde se realizan y materializan nuestras ideas e imágenes del Estado o del pueblo, del espacio público o de la comunidad. Prácticas que surgen de un colectivo multidimensional al que se accede a conocer e identificar por sus relaciones retóricas con la política y la sociedad en general. Se acerca a la principal obra de T. Hobbes, “Leviatán”, para desarrollar sus planteamientos.*

*En un intento por demostrar que la querrela entre filosofía y retórica aún es permanente en nuestros días y que sin el correlato de ambas, no es posible la interpretación de la política, **Víctor Alonso Rocafort** afirma inteligentemente en su artículo, **Marco Fabio Quintiliano y la retórica democrática**, el valor heurístico de la retórica como una ciencia para disputar y argumentar (no persuadir), situada en un actuar que no se puede dissociar de lo “práctico”. También, es necesario estimar que la lucidez del orador se debe corresponder y nutrir de valoraciones éticas y morales. En especial, cuando los asuntos de la política se deben deliberar democráticamente por medio de las prácticas retóricas de la ciudadanía ante el Estado. A diferencia de Aristóteles, aboga Quintiliano porque la enseñanza de la retórica debe ofrecerse desde la infancia sin represiones o coacciones, a la vista de un posible ciudadano que garantice la democracia. Es decir, aprender políticamente en libertad y no en vigilancia, el “buen decir”. Extraordinaria la lección que deja Quintiliano para las repúblicas del S. XXI.*

*Considera **Daniel Blanch** que la Constitución de los Estados Unidos y los procesos de participación representativa en una democracia formal, legitimada por la implementación de leyes capaces de centralizar el poder político, deja fuera del ejercicio público de la democracia a una mayoría ciudadana que pierde capacidad en la formación del consenso para cogobernar. Elevar por encima del pueblo el gobierno del Estado, es privar a éste de sus libertades. En su análisis de las **Estrategias dialécticas y retórica en los fundamentos democráticos de los Estados Unidos**, este autor afirmar que la concepción federalista del Estado (v.gr., Hamilton), se vale de la idea hegemónica del poder absoluto para el Estado, y deriva en la opinión pública y el bien público los posibles controles o regulación que hace el Estado del uso del poder. Se disuelve el proyecto de Madison del poder descentralizado y a la vez compartido, donde las libertades y los derechos individuales están reconocidos por el Estado. La estrategia del federalismo es hacer trascendente el poder del Esta-*

do más allá de los intereses de lo social y político de cada Estado confederado, por el bien supranacional del Estado en su gestión ilimitada y autoritaria del poder. La retórica política logra su fuerza a través de un discurso coactivo que se debe reconocer como una garantía de la “seguridad nacional” que necesitan los Estados Unidos para actuar ante cualquier adversidad en defensa de sus intereses. Será a partir de Emerson y Dewey, y toda la filosofía pragmática americana, que se amplía el sentido de la democracia social consensual basada en la educación y el diálogo, aunque siempre desde el punto de vista del individualismo. Se destaca en este artículo la actualidad de las propuestas pragmáticas de Rorty y Wolin, uno y otro debaten sobre el bien público o privado de una democracia que declaran al servicio de todos.

En el marco de una puntual crítica a la tradición dialéctico romántica que transforma el método en la unidad de la verdad científica, **Fernando Fernández-Llóbreg**, hace un valioso intento para revalorar el sentido original de la retórica en su artículo, **Pensamiento retórico y masculinidades: de la dicotomía al continuum**. Una de las deformaciones del pensamiento dialéctico tiene que ver con la conceptualización de las identidades. Se atribuye un valor universal y esencial a través de éstas a la realidad sin acusar el grado de diversidad que intentan contener o reprimir. Sucede, entonces, que las identidades tienen una relación política directa que permite su imposición. Éstas son un cliché que preconditiona el conocimiento auténtico de alguna forma de desarrollo cultural en emergencia que se constituye desde entornos donde las características identitarias logran la significación. No puede ser la identidad un orden unívoco de representaciones y experiencias de vida. Menos aún si se considera la relación de éstas con la construcción de las identidades de género y sexo que forman parte de la pluralidad del ser humano. El autor estudia la tradición retórica entre lo público y privado, lo individual y colectivo, la “políticas de identidad”, para aclarar lo que debe comprenderse como “género” y “sexo”, “masculino” y “femenino” y los complejos problemas, en particular los estereotipos, implícitos en la definición de estas “identidades” preconcebidas que son un resultado del desconocimiento de la subjetividades de las personas.

Desde los griegos el espacio público es represado por la dialéctica como consecuencia de la expulsión de la retórica de la teoría política. La racionalidad analítica se sirve del método para confiscar la libertad de quien desea vivir a partir de su foro interno la experiencia inconsciente de la vida pública, y evitar que la mirada objetivista del método dialéctico pervierta la escucha que nace del sentir. Es una de las ideas generales que **Javier Roiz** nos presenta en su magnífico ensayo **Sobre la Tolerancia en la sociedad vigilante**. Precisamente, se trata de cuestionar esa inversión cognitiva del mundo gótico (predominio de la vista) a través de un orden de control de la vida interior (oído), que termina por desnaturalizar la vida política de los ciudadanos hasta convertirlo en su negación; es decir, en un “ciudadano vigilante” al cuidado de un mundo exterior que lo aliena. Se propone en este sugestivo ensayo recuperar el “gobierno individual” por parte de cada persona, pero para regresar a esa condición de vida se requiere de una forma de “desgobierno colectivo” que afecte a lo estatal y social.

Giuseppe Ballacci encuentra relaciones muy directas, en su artículo, **Giambattista Vico y Eric Voegelin: fundamentos y lenguaje simbólico**, de lo que ambos filósofos consideraban es la estructura epistémica y dóxica del conocimiento (ciencia y sentido común) histórico y político, completamente contrapuesta a la estructura racionalista del método cartesiano en boga que negaba la pluralidad del método (“cada método depende de la materia de estudio”). Las ciencias no pueden seguir siendo entendidas exclusivamente en

atención a los hechos empíricos y los conceptos positivistas. Las ciencias, en especial las humanas, tienen su origen en su conexión con el sentido común pues se constituyen de la "contingencia del mundo de la polis". Se postula una autonomía del hombre frente a su propia historia. Una capacidad para autolegislar y lograr una libertad para desarrollar sus contingencias y cancelar las determinaciones históricas o de la naturaleza. Además, por otra parte, Vico y Voegelin, consideran que el discurso de las ciencias es en su génesis un discurso arcaico, mítico, metafórico y poético, vista la imposibilidad de la razón (científica) para conocer la totalidad de las cosas. Por medio de estos "universalifantásticos" se dota de sentido a la realidad a través de la dimensión simbólica del lenguaje. Eso significa que en el pensamiento poético se encuentra nuestra primera concepción de la realidad que luego podría ser deducida racionalmente.

La retórica política del Presidente Clinton es el campo lingüístico y comunicacional que le permite a **José J. Sanmartín**, elaborar su interpretación de los usos retóricos que componen el lenguaje político de este carismático ex presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Y es fácil la asociación de la palabra "carisma" con una cultura política donde el líder está revestido de la visión mesiánica y porta los estigmas del sacrificio redentor que busca la salvación de las almas y de los adeptos a su poder. A través de un amplio análisis de la doble gestión presidencial de Clinton, Sanmartín no pierde detalle de los ejercicios retóricos que despliega para acceder al imaginario político del ciudadano medio norteamericano y garantizar su permanencia en la gestión de gobierno. Algunos de éstos se basan en: Extrema y atenta lógica y reflexión en cada discurso público donde le tocaba hablar sin desmerecer el escenario de su auditorium. La característica de verosimilitud y proximidad de un discurso que favorece una gestualidad corpórea y mediática con suficiente fuerza empática para generar un reconocimiento por parte de los otros a sus promesas y/o sus incumplimientos. La identidad pública y colectiva de que el Presidente es otro más de la ciudadanía, y que por serlo no puede prescindir del apoyo popular para concretar sus aspiraciones democráticas entre sus adherentes y no simpatizantes pues lo importante es compartir de igual a igual, responsabilidades, obligaciones, derechos y deberes. Es una constante: todo es aprovechable a causa del beneficio en común; incluso, las derrotas y debilidades. Se fabrica una imagen del poder de un patriotismo que está al servicio de la gran Nación: es el acto de mayor participación democrática pues permite disolver las particularidades y tratar los problemas de la política como universales. En la sociedad global la política es cada vez más un espectáculo audiovisual, donde la retórica demuestra su indiscutible retorno y actualidad.